

— Ricardo Aguilar Melantzón\*

*Silencio en la noche  
ya todo está en calma  
el músculo duerme  
la ambición descansa  
Dicépolo*

Sentado en la sala de última espera, bañado en el sol de las dos de la tarde que entraba de lleno por aquel ventanal inmenso del lado oeste del aeropuerto de la capital, cerca de una puerta donde otro día rayando el sol Mandi, Míriam y Rosi me daban un Valium de 5mg para poder subirme al avión, allí sentía el conocido terror. Como ya era costumbre, me estaba drogando con whiskey para sentir menos, para poder subirme al avioncito bihélice de Aeromar, la línea desconocida en que me habían fletado para San Luis. Ya creía que se me estaba quitando la fobia, pero no. Estaba seguro de que el bihélice gordito nunca llegaría a su destino, que se desplomaría por allá con todos a bordo y finalmente se haría realidad la pesadilla que desde siempre me acompaña cada vez que vuelo, el desplome sin remedio, la falta de resuello, la gritería, los objetos que vuelan por la cabina, trato de llegar a la cola pasando, tomando como escalera los

\* Autor Chicano. Profesor-investigador del Departamento of Languages and Linguistics de la New Mexico State University.

mangos de los asientos sólo para caer hasta la punta sin más remedio que arder en las llamas que todo lo cubren. En México iba a verme con el Dennis pero éste sufrió retrasos. Claro que nada sucedió, ni tampoco a la vuelta. De regreso el bihélice voló a Morelia pues su compañero que hacía esa ruta estaba tirado en la capirucha. Pasamos por arriba de unos volcanes de lo más lindos, cráteres llenos de agua azul cielo y un pueblito encastrado por la ladera interior, negra de tanto pino. Aterrizamos. Nos tendimos al Museo del Templo Mayor. La última vez había quedado impresionadísimo. Antes, cuando excavaban, habíamos visto las piezas, Matos Moctezuma nos había llevado de la mano por todo el recinto, acababan de encontrar el inmenso caracol de piedra granítica y tenían acostada la estatua de serpentina verde bajo un rectángulo de madera y plástico, la regaban día y noche con agua dulce para que no perdiera el color original, aquella vez caminamos sobre el lodo azteca que todo cubría. Las pinturas interiores de los adoratorios, las del Chaac Mool, de la piedra del sacrificio, de la casa de los caballeros águila aún estaban frescas y brillantes, la Coyolxauhqui ya había perdido las suyas pues el anacrónico López Portillo, creyéndose Quetzalcóatl, había querido visitarla *in situ* y como no había aún ningún encargado de ningunas luces, y como la acababan de descubrir los linieros de la Comisión Federal de Electricidad, algún hacendoso quiso limpiar la pieza con cepillo y jabón para que el iluso cacique la viera bonita. Con el jabón se fueron los colores originales.

Ahora no iba la Rosi, a Matos Moctezuma lo habían nombrado director del museo y yo subía por la escalera al tercer piso. El pecho me comenzó a molestar, me apretaba una fuerza poderosa, igual había sentido en el apartamento de Sandro en el 12° piso del edificio Niños Héroes en Tlaltelolco, sentí la sombra del peligro, me senté en una banquita con el peso de

un costal de cemento sobre los hombros, me levanté con un violento esfuerzo, quise bajar por un elevador pero el policia otomí que allí cuidaba me dijo que no, que ése era sólo para los enfermos y paralíticos, despacio, despacio bajé las escaleras, vi a Dennis en el segundo piso, se extrañó del color cenizo que me manchaba la piel, nos veríamos más tarde, seguí dando pasitos hacia abajo, arrastré los zapatos por el zócalo, tomé un taxi y dos whiskys fuertes al llegar, me aliviané un poco, toda la tarde me imaginé que la muerte me rondaba el viaje, esa noche tendría que volar al norte.

Mientras marcaban la ceniza en la frente me pregunté si sería verano o invierno, día o noche que entraría acostado en mi propia caja gris. Aún no me ha golpeado totalmente la vejez pero me canso por la tarde y en la noche. Entre más imagino, advierto que las cosas más diferentes se parecen a las más iguales. Ya casi nada me sorprende. Será que cada año reconozco las mismas cosas, un poco cambiadas pero no mucho. Tal vez por eso sea hermosa la ignorancia pues permite aprender algo verdaderamente nuevo. Como todas las tardes, como todos los años hoy visité a mi padre. Me fijé en las canas y en la sonrisa. No me cabe en la cabeza que algún día no esté pues siempre ha estado. Me da terror pensarlo, pues él siempre ha derrochado la fuerza, la constancia, la serenidad que todos conocemos, que nunca cuestionamos, algo que tiene que estar como los cerros y la arena.

Se te descompuso la refrigeración del carro. También se te jodió la moto. Ya mero te matabas. Empezó a tirar aceite por debajo del motor sin que te dieras cuenta. Cuando quisiste dar vuelta, te fuiste de lado patinando como sobre cera recién untada, la llanta trasera estaba empapada, fue una de esas veces que *miras para abajo*, ves el charco negro, te dices —¿qué está pasando? —esto no puede ser —le acabo de checar todo de arriba

a abajo —¿de dónde estará saliendo? *levantas la vista* despacito, adviertes que se acerca el cordón de la banqueta y *te acuerdas* de la única vez que te caíste, aquélla, cuando saliste apurado una mañana de primavera y a las dos cuadras quisiste frenar en medio de la calle, sucedió a dos cuadras de tu casa, en la esquina donde está el alto que has marcado mil veces y donde jamás pasaste por enmedio porque sabías bien que, si hubiera aunque fuera un poquito de aceite, de agua, de arena, de eolo o de lo que fuera, te derraparías, la moto se te caería por entre las piernas o volaría en arco sobre ti, por los aires de marzo, y te quebrarías la nuca o las piernas o el brazo izquierdo, el más poderoso, los meñiques o la muñeca que todavía te duele exactamente allí, dos días antes de que llueva. Esa mañana trataste de frenar sobre un charquito, un charquitito apenas perceptible, te fuiste de cuernos, caíste a un lado de la moto y te torciste pues hiciste lo que sabías sin lugar a dudas nunca deberías hacer, la trataste de levantar de los manubrios mientras se caía y te diste cuenta de tu estupidez en el preciso momento en que te jalaron los trescientos kilos de acero, *levantaste la mirada* y viste la familiar esquina de la calle San Antonio, la consabida estación de autobuses, te fijaste en las letras rojas T-NM & O, extendiste la mirada por entre los edificios hasta más allá del río, hasta México, hasta el Pico del Aguila, hasta el recuerdo de tus idas en otra moto, una Vespa blanca, hasta las faldas polvosas del cerro y las excursiones a pie hasta la cima, reviviste el hambre y el frío, los piquetes de la sábila y de cholla, las jadeantes caminatas por veredas pedregosas hacia arriba y hasta abajo, las voces de tus compas, el entumecimiento de la piel ante los aires picudos de la altura de aquella peligrosa aventura que fue tu precoz adolescencia, *levantaste la mirada* y observaste cómo se entrecruzaban las hileras de ladrillos rojos, córdoba y café oscuro de cada edificio, los letreros destartados de otra

época que aún presentaban productos Nesbitt, RC Cola que ya no se encuentran en las tiendas, *levantaste la mirada*, sentiste el cómplice olor de la creosota que te llegaba desde los patios del ferrocarril que yacen bajo el puente, bajo los viaductos del centro de El Paso, compañero olor que estuvo contigo todas las veces que caminaste con Sam hasta la Plaza de los Lagartos, que estuvo contigo ante tu nariz de niño, chaquetita de pana azul y rojo, camisa a rayas rojas y blancas verticales, pantalones de pechera y botitas altas en los patios de la Compañía de Luz, frente a las oficinas de tu papá, frente al taller mecánico, en unas lagunas artificiales donde se empapaban postes de la luz antes de que las inmensas grúas los llevaran colgados como brontosaurios una rama y se mecían y mecían para que una cuadrilla de cascos amarillos hiciera un agujero profundo en alguna esquina y los irguiera despacito ante tu mirada absorta y las de una bola de mirones sin oficio, compañero olor que estuvo contigo en cada kilómetro de los cientos que viajaste sobre una almohada, sobre las rodillas de tu abuela, a la intemperie, sobre el asiento de madera, de lado a lado del motor de un motor de vía, sobre la vía del Noroeste de México desde Casas Grandes hasta Juaritos, *levantaste la mirada*, lerdo, perezoso, como película en cámara lenta, pero más pausado que en cámara lenta, torpísima, casi mejor como presentación de diapositivas o movimiento visto a la luz de estroboscopio, despaciiiifto me acercaba, la llanta delantera se acercaba a la banqueta, manos enfundadas de guantes verdes ceñían el embrague, el freno manual, los manubrios, por incrementos micrométricos, botas café protegidas de acero raspadas de las puntas se acercaban al freno y al pedal de velocidades con la calma, el ansia de quién ha perdido las facultades motoras e intenta recuperarlas, el cuello picudo de la chaqueta te batía contra el pómulo una y otra vez como queriendo despertarte,

invocaste la figura de otro motociclista, el que observaste en otra esquina, calles arriba, lo viste acercarse mientras marcabas el alto, mientras esperabas el verde del semáforo sentado en la moto, la punta de la bota izquierda sobre el pavimento, te dijiste en silencio –ese cabrón se va a matar; viene muy recio y hay un chinguero de arena en la esquina, no tuviste tiempo ni de hacerle señas, ni de gritarle, de silbarle, de telepatearle –*¡Orale, güey! ¡Te vas a dar en la madre, pendejo!* y además, con el ruido de los carros ni te oíría, pensaste que vendría a unas cuarenta, cuarentaicinco millas por hora y que no le faltaban más que unos diez metros para llegar a la esquina, se dio cuenta, lo advertiste en su rostro, en los reflejos, observaste la luz refractada sobre el casco negro adornado de rayos rojos, comprendía que cualquier cosa que intentara sería muy tarde, apretó los frenos y la llanta delantera se congeló sobre la arena, el aparato se volcó sobre sí mismo, el motociclista voló dos metros por arriba parado de cabeza, recordaste las tomas que reiteradamente aparecen en la tele donde un campeón de esquí olímpico se vuelca de la misma forma, como una garra que vuela, cae sobre la nieve doblado en un ángulo tan irreal que sólo puede significar que se le ha roto la columna vertebral, el motociclista cayó sobre el pavimento como costal, se derrapó hasta muy cerca de ti, quedó tirado, inerte sobre el asfalto, la chaqueta rota de los codos, la cremallera desgarrada, los pantalones de mezclilla embarrados de aceite, manchados de sangre que manaba por una rotura en un lado, *levantaste la mirada* y viste frente a ti el cordón de la banqueta, la habías parado, la pierna izquierda sostenía tu adrenalina en carrera y la palpitante cadencia del motor. Te salvaste de puro milagro. Es una tragedia que se te descomponga pues sin ella estás al garete y fastidiándole la vida a medio mundo.

Estábamos en el salón donde preparan a la gente para la

cirugía. El médico nos había dicho que esa operación era algo de lo más sencillo en lo que a intervenciones se refería. Que no nos preocupáramos, que sería cosa de unas dos horas por lo tardado que era la microcirugía pero que nada pasaría, lo había hecho miles de veces, pero eso sí, la recuperación sería tardada y seguro tendría que dejar la moto. Nos observó con cautela como analizando los rostros para ver si le habíamos creído, nos presentó al anestesista, nos leyó su currículum, me buscaron la vena de la mano derecha pero no la encontraron, después siguieron escarbándome la izquierda, por fin entró la aguja, sentí un ligero calorcillo y un letargo que crecía a medida que entraba el suero. Me volteé con la Rosi y le dije: *-Mejor vámonos a Europa.*

*-Cuenta desde cien hasta llegar a uno, me dijo una voz. -Noventa y nueve, noventa y ocho, noventa y ...* Me sentí bien livianito, las doscientas cincuenta libras se me habían caído al suelo, flotaba en un espacio totalmente oscuro pero con suficiente luz como para distinguir rasgos y direcciones, me deslicé, primero hacia ninguna parte, como viajando a lo Peter Pan por un cielo nocturno, pero sin preocuparme, sin estrés, no importaba hacia dónde, como relajado en una tina de agua tibia, luego dentro del túnel largo largo cuyas paredes eran de la misma materia que la noche. Todo muy placentero, tranquilo, silencioso, al fondo una luz, primero como un vago resplandor, como cuando vas manejando de noche y te acercas a alguna ciudad, luego más preciso, hasta que lo distingues claramente, como los faros o las boyas canaescas que observas por los catalejos desde alta mar, no sabes si es luz de verdad o si te la estás inventando porque ya te cansaste y quieres llegar a puerto. A medida que te acercas lento, aunque en el fondo sabes que vas a una velocidad extraordinaria, te invade un creciente sentido de gozo y sosiego. Te preguntas si viajas hacia afuera como astronauta

o hacia adentro de ti mismo pero no te importa gran cosa, lo que sí es que eres tú, no alguna de tus máscaras, el que allí se encuentra y que te embarga una seguridad personal que jamás has sentido, completamente sereno, sin responsabilidad, ni miedo, ni angustia, ni conciencia del tiempo.

De pronto despiertas, no sabes si de noche, con un dolor terrible. Una enfermera teutona te voltea y te inyecta. De nuevo pierdes el hilo. Amaneces de día ante tu amigo Carlos y tu suegro, comienzas a platicar con ellos, de súbito te pierdes y despiertas muchas veces y te vuelves a dormir, cada vez ante otra cara, la del Fernandão, la voz de Mandi en el teléfono, tus padres. Después te dicen que han pasado días. El dolor te acompaña dos meses.

Antenoche le dio un infarto a mi papá. La Gabi me dejó frío cuando me llamó para avisarme, no sabía qué hacer, debí habérmelo esperado, sí, lo había esperado pero nunca creí que ocurriera. Él mismo me lo dijo ayer: *-¿Quién me iba a decir que a mí me iba a dar un infarto?* Me sobrevino una inercia de ésas que no puedes decidir nada, lo que menos debe pasarme pues soy decididor profesional. Me estuve frente al teléfono como media hora, esperando no sé qué, no sé cuándo. Nadie más llamó, frustrado, agüitado quería hacer algo pero nada. Después me lo dijo un compa: *-No, tómalo de mi experiencia, lo mejor es que te calmes, que te actives, que no pienses mucho en eso, no puedes hacer nada más que fastidiarte pues no hay nada, nada que hacer.* Pero como soy un obsesivo me dedico a darle vueltas y vueltas al asunto. Por fin llamé al hospital. Me contestaron cortantes, que era un infarto, que estaba mejor, las voces me dieron a entender que yo era un insensible porque no había corrido para estar allí en el preciso momento. La culpa, esa manera de vertir, revertir y repartir la culpa de cualquier cosa para quedarse limpio y sentirse heroico, indispensable y a la mierda los demás.

También me informaron que no debería ir a causarle ningún problema. Corrieron a todas las visitas posibles. Finalmente crucé el espacio entre las ciudades, llegamos tarde. Mi padre yacía inerte sobre la cama. Entré y comenzaron a chorrear gotas de sangre sobre el piso, el catéter del suero se había desconectado. Estaba pálido, sudoroso. Hablaba despacio, con trabajo. Parecía que le había dado gusto verme. Ayer viajaba con la Gabi, de nuevo íbamos a verlo, le platicaba que en aquel viaje que hice a Guadalajara con mi padre y mi madre cuando aún era muy niño, por el parabrisas del Chevy 47, a lo lejos divisamos a un señor que iba jalando una mula, mi padre empezó a frenar y mi madre le dijo: *-No le vayas a pitar*. Al acercarnos mi padre le pitó y la mula se sentó, por la ventana trasera advertimos que el labriego jalaba y jalaba la rienda sin que la mula cediera. Le platiqué de aquel día en que mi padre me invitó a acompañarlo al Valle de Juárez, nos subimos a la troquita colorada de la Compañía de Luz que llevaba un farol de mano sobre el techo y colgado en la defensa delantera un costalito de lona que cargaba agua y con el aire se enfriaba, llegamos a recoger a un señor muy elegante que olía a loción, iba vestido con un traje color café oscuro y un sombrero *fedora* de ala ancha, ese señor que después se convirtió en mi suegro, le platiqué de un carrito Volkswagen blanco que tenía mi padre y que llevaba un foco rojo arriba y que parecía un pastelito con cereza, le dije del día en que mi viejo había tenido que matar a un perro rabioso que era de mi abuelita y que lo había terminado con la escuadra de mi tía Estela. Ahora mi padre tiene el pelo muy canoso pero nunca lo recuerdo si no es con su pelo negro negro, un hombre vivo y enérgico. Pero ahora está aquí enfermo, muy cerca de la muerte, tan cerca que tal vez le haya sucedido lo que dicen, eso de que la vida pasa toda en un instante frente a los ojos, con multitud de detalles, a velocidad vertiginosa. Vuelvo a la

escuela, al trabajo, a los problemas de todos los días, me pregunto si vale la pena la chinga arterial, el desgaste, las confrontaciones por problemas ajenos. No sé si contestarme que no, que no necesito probarle nada a nadie, que hice lo que iba a hacer y punto, que se busquen a otro pendejo para que les trabaje como burro y luego pienso que si no lo hago, aunque siga recibiendo el mismo cheque, no me aguantaría ni solo. Creo que eso fue lo que me quiso decir mi padre: *-Después del primero, cuídate. Eso de que fumes o estés gordo tal vez contribuya pero quién sabe.* Me contó de su amigo Miranda que era bien flaquito y deportista, que se retiró de su trabajo, que se dedicó a su jardín, a plantar flores y hacer caminitos de piedra muy ordenaditos ... no terminó de decirme, entró Gabi y empezaron ellos a platicar. Sigo pensando en Miranda, difunto por dejar el jale. Mi padre me siguió hablando, me dijo que le acababan de dar la representación de unos reflectores muy efectivos para luces de neón...

Marzo. Este mes cumple años Gabi. Ya lo anoté en mi agenda. También toman todos los alumnos sus exámenes de maestría. Este mes hay que sembrar las flores, sacar la piedra de las jardineras, fertilizar los árboles, la tierra y el zacate. Este mes comienzan a dar brote casi todas las plantas. Marzo. Hoy está supernublado. Me duelen el cuello y las articulaciones. Sopla un viento frío del carajo y empiezan a alternarse las mañanas y las noches frías con los días calientes. Marzo de Julio César, loco de vendaval. El otro día platicaba de la moto con la Gabi y de lo mucho que me hace falta, no para que me lleve a ningún lado sino porque, como en ella se viaja solo, sólo corre la conversación con uno mismo y se siente un calorcito muy suave como cuando entras a la casa un día de mucho frío y te pega la fiebre del calentador.

Hoy mi papá anda caminando, le hicieron un puente cuádr

ple en el corazón, para eso le sacaron una arteria entera de la pierna. El viernes murió César Chávez, Mario Moreno unos días antes. Cruel ha sido abril de verdad. Ya el zacate y las flores, los rosales y la piracanta brotan bajo la pérgola. Allí fluye el whiskey y la cerveza junto a la conversación de los alumnos. Ahora volverá el hastío, se van los últimos, pero Pepe vaticinó entre las barajas, las hierbas y el vaso de agua que *-los amigos nuevos se van pero los amigos viejos te tiran la puerta*, cuánta cosa junta, el veinte es la boda de Rosi, el veintidós el Bar Mitzvah de Ioni, descansar el verano bajo el sol, barbechar las jardineras, poner muy verde el pasto, abonar para el otoño.

Ya van para dos años que murió mi suegro. He querido escribir algo pero no he podido, tal vez aún sea demasiado pronto para separarme lo necesario, tal vez la herida esté muy fresca. El viernes fuimos a visitar a Male, la casa aquella elegante, fresca y llena de luz, ahora está sucia y cayéndosele los pedazos de yeso y mezcla. Se siente la ausencia de Don Roberto, desde la entrada hace falta, pues ya sabemos que no estará aunque nos cueste creerlo. Allí a la entrada, en el recibidor, estuvo parado muy derecho vestido de frac, con la elegancia que sólo él podía, junto a mi padre, mi madre y mi suegra con una sonrisa cálida, de oreja a oreja, con la luz del verano que terminaba sobre su negrísimo pelo, la seda de las solapas y el calzado brillante, ahí, como congelado sobre el mármol gris delante del espejo lo escucho decir aún hoy, -¿Y quién es el mocoso ése que viene a ver a Rosita ? Huelo la loción a limpio que siempre llevó, toda su eterna juventud, hasta el final, la nariz grande y picuda que lo distinguía y los pequeños ojos alegres, aunque otros me dicen que tristes, yo nunca los vi más que sonrientes y la voz de trueno, de huracán cuando enojado sorprendía a cualquiera, suave y dulce ante los niños y quienes quería, voz de Wagner cuando explotaba, de Verdi casi siempre, de Beethoven cuando hablaba

de la sierra y de la cacería, su cacería con cuernos y colas de venados y gatos monteses, plumas de cócono y perdiz y colmillos de jabalí, allá en la salita, recostado en el sofá, cansado y polvoriento, las botas sobre alguna mesita y la gorra colorada de lado —Ande, qué bueno que vino, sí, déjeme contarle qué animalazos, no me lo va a creer pero andaba uno de éstos que no se encuentran más que una vez en la vida, un venado enorme, los cuernos de ocho puntas, imagínese, lo vi allá arriba tras los miralejos, le dije a Mateo que me pasara el rifle, despacito, muy despacito, le apunté, medí la distancia con el lente y le solté el fuego, nomás vi cuando recibió el impacto en el codillo, fue como una nubecita color de rosa y que se rueda hasta abajo, bajamos desde la cumbre y el vaquero nos ayudó a cargarlo, cómo me hubiera gustado que usted lo hubiera visto, don Richard, venga, siéntese, hágame un jaibolito y déjeme platicarle. Son las doce y media, Agapita, Lencha y Margarita están todos en la cocina, huele a arroz, espinacas con frijoles, tortillas calentadas, queso menonita y verduras recién lavadas en yodo, el caldo de res con tuétanos y tal vez enchiladas por el olor a cebolla recién picada. Allí, frente a la ventana, en la cabecera de la mesa negra ha caminado taconeando desde la sala, se ha sentado frente a sus seis hijos, sus cuatro yernos, sus dos nueras, sus quince nietos y doña Male. A todos les reparte, les pasa un plato y otro y se preocupa de que coman bien, sin dejar de tomar el guacamole con la tortilla se voltea y les dice a Agapita y a Lencha y a Margarita —Aquí sí se cocina, que hasta estoy echando una llantita de bicicleta inglesa de lo bien que me sirven, levanta su vasito de cerveza con la izquierda y nos sigue conminando a alimentarnos bien, de elementos saludables y a gozar de la existencia, que la vida es hermosa y no la debemos despreciar.

—¡Qué esperanzas!, diría el viejo. —Imagínese este bello país en manos de japoneses o hasta de americanos, sería una Suiza

americana, un verdadero paraíso pero no, a chingar al que se deje y como se pueda. Nuestros políticos son unas verdaderas ratas, nomás acuérdense de Echeverría y de López Portillo. Nunca pudo opinar sobre el ratón Salinas pues dejó de vivir. Allí, frente al espejo del comedor midiéndose un saco amarillo a cuadros elegantísimo, perfumado y peinado escrupulosamente, listo para irse a jugar con sus amigos, a sus asuntos a El Paso. Amabilísimo siempre con los que quería y con los demás, caballero hasta el último momento, un verdadero ejemplo. Muchas veces, casi siempre, lo veía sonreírse ante la vida, contento de poder comer, de poder levantarse, bañarse con agua fría y correr por el patio, subir y bajar las escaleras y caminar las interminables millas de dieciocho hoyos en dieciocho hoyos de su campo de golf preferido. –Ande, Ricardo, no se malpase, siéntese aquí conmigo y tómese una cervecita helada, un whisky con agua, un tequilita con sangrita. A él le gustaba el vodka Vivorova con jugo de naranja, para hacer estómago, para vivir. –Mire qué linda es la vida, qué hermosa la naturaleza, por eso me largo de cacería tanto tiempo, o me voy a vivir al lago, allí estoy muy alegre porque me levanto respirando aire fresco, desayuno fuera, bajo el cielo, tapado de algún follaje, luego me voy a caminar, y caminaba rapidísimo, parecía que las piernas giraban como aspas no como piernas, al caminar, iba feliz, como si jugara a las carreras con los animales silvestres bajo el sol y el cielo abierto de Chihuahua, hacia arriba por los cerros, hacia adelante por la orilla del lago, un individuo sencillo, un genio escondido, filósofo nato que podía explicarte una verdad complicadísima con algún dicho popular o una ocurrencia –Hay tiempos de tronar cuetes y hay tiempo de recoger varas, allí, frente al fuego o sobre el balcón de la casita del lago o en la carretera o de paso por la caldera de un volcán antiguo que hoy es un valle lindísimo de la sierra de Jémez bajando a Los Alamos o frente al

Cañón del Colorado o ante el Desierto del Altar o las olas que se rompen sobre la playa de Kino, allí contempla la verdad con la mirada, con su rostro apacible, sereno, con esa sencillez absoluta que lo integra al universo, que engendra el conocimiento profundo de los hombres, de las cosas, de Dios. -Allá, allá lejos si puedo, acá es donde se me alteran todos los nervios, pues mire nomás, antes aquí se acababa Juaritos, aquí enfrente pasaba el tranvía, aquí atrás estaban las caballerizas, en la mañana me montaba en el caballo y salía corriendo al sur por la Justo Sierra, allí adelante por la Insurgentes/Hipódromo estaba el hipódromo donde aterrizaba en mi avión biplano, luego en mi Volt-T ...El día después de la muerte de mi suegro murió Mateo.

Hoy ganó el Nobel el dramaturgo italiano Darío Fo y Carlos Fuentes siguió estando entre los finalistas. Hoy pegó un huracán en las costas de Oaxaca y rozó el puerto de Acapulco, se llama Paulina. José Manuel y yo vamos allí el jueves. Ya casi es medio semestre, a partir de la semana que viene faltan sólo seis y luego el sabático. Veremos qué tal. Ahora con las broncas personales y familiares parece que tendré que ir a Juárez y venir acá dos veces por semana. No sé si eso sea mejor que lo que me propuse al principio, o sea, quedarme aquí a terminar los libros. Lo cierto es que tengo que echar fuera todo en enero y febrero pues en marzo viajamos.

Anoche premiaron a José. Me sorprendió ver a tanta gente en el museo. Llegamos tarde. Me equivoqué de hora y no pude coordinar la mesa que me tocaba. Afortunadamente el Quique salió al quite y todo quedó bien, los autores leyeron sus textos y el del ganador de aquel lado fue muy malo y muy largo. El de José fue bastante bueno y todo mundo se dio cuenta. Eso me hizo sentirme muy bien pues sentí que había decidido correctamente. Lo mismo sucedió con Kay West. Es muy emocionante ese tipo de reconocimiento. Ya se me había olvidado lo que se

siente. Hoy me siento con el azúcar muy bajo, me faltó el huevo en el desayuno. Esto de estar cuidando lo que como es muy difícil y me hace sentirme muy extraño. Me siento enfermo, nauseabundo, me hace falta la comida a mediodía y ya estaba muy acostumbrado a pasármela en blanco hasta la tarde. No sé cómo le hacen las gentes que requieren de otros tratamientos más agresivos, debe ser infernal. Me acuerdo de Ted Higgs de San Diego que requería de la diálisis cada tercer día y me da no sé qué. Ahora estoy sudando, como sudando frío, en pleno noviembre. Me recuerda aquel día en que la brucelosis me hizo crisis a mitad de julio. La Rosi me llevaba a la oficina del doctor Feener en el centro de El Paso. Ella iba manejando la camioneta VW azul. Llevábamos las ventanas cerradas. Ella a sude y sude y yo temblando de frío. Tenía pensado seguir trabajando hoy por la tarde pero esto es una llamada de atención importante. Voy a regresarme a la oficina caminando despacito, cojo mis cosas y me largo a la casa a comer. Voy a tirarme un rato a que se me balancee el azúcar y a leer algo “grato”, como dijo Sullivan. No, no entiendo que se me hayan juntado los años, que ya no soy joven y que estoy enfermo, no, tiene que entrarme a golpes porque intelectualmente no lo estoy aceptando. Y me lo dio a entender Angélica cuando me recetó las pastillas: -No quiero que te vayas a enfermar cuando estés fuera de aquí. ¿Qué si se te baja mucho el azúcar por allá? Mejor espérate a regresar del viaje y luego empieza el tratamiento. Aquí estoy frente a mis alumnos, ellos escriben su prueba y yo escribo esto. ¿Y qué sucedería si de repente me caigo al suelo o me paralizó aquí? ¿Qué sucedería? Siempre he dicho que me voy a morir en la línea, y pues aquí estoy, en la línea pero no estoy listo ni dispuesto a terminarlo todo ni hoy ni mañana. Todavía me faltan más de diez años para retirarme de la línea y quiero vivirlos de la manera más normal posible. Tengo que aceptar mis limita-

ciones y cambiar la vida para poder con el paquete, este paquete inesperado que me define como un individuo que ha vivido mucho y bien y largo sin ningún problema de salud, que ha usado la misma y hasta abusado de ella y que ya debe calmarse, pase lo que pase, venga lo que venga, sí, has dado y dado ya a tu comunidad y a tu familia, a tu mundo todo y mucho y largo. Este año cumples veintitrés años de trabajar de maestro, veintitrés y siete aquí, ya arreglaste lo que parecía no poderse arreglar más. Hace unos días pensaste que si el departamento se caía tú podrías entrarle al quite y volverlo a arreglar. Pues no. Entiéndelo, ya les toca a otros. A ti te toca seguir escribiendo, dando tus clases y hacer tu trabajo de uno que otro comité, nada más, nada más. Ahí están los jóvenes, tus amigos y colegas que tienen que crecer y darse los golpes que tú ya te diste. Convéncete, ya ganaste los premios y diste el ejemplo. Ya pasaste por todos y todas y estás en lo que dijo Isabel Allende, en la tarde, al atardecer de tu vida que se da a partir de los cincuenta, tiempo de calmarse y meditar, de observar el mundo, de sacar conclusiones. Mírate en el espejo, vete envejecer y celébralo. Ya eres el maestro decano experimentado, como dijo Carola, un profesor de a de veras que ve su obra casi terminada. No quieras cometer el error de tu padre que se rehusó a jubilarse cuando le tocó, creó su compañía y a final de cuentas le fue mal. Aprende su lección, velo como ahora está contento con su pequeña y voluntaria actividad. El trabajo, tu trabajo, el que te toca hacer es la escritura. Ya cumpliste los cincuenta, ya llegaste a la edad que, dijo Borges, uno debe empezar a escribir pues se tiene algo que decir. Ya no estoy sudando, se me ha calmado la náusea, me ha invadido más un sentido de tranquilidad. Milton me escribió para decirme que él ya también cumplió cincuenta, qué diferentes vidas nos ha tocado vivir.

Durante aquel verano nos fuimos a la sierra, paseamos en

camiones de redilas, nos subimos en el burro de la plaza, le tiramos cuchillos a los marranos de los trochiles de atrás de la casa de mi tía Beatriz, tatemamos elotes junto al arroyo, ayudamos a que sacaran al gato del pozo junto al convento de las monjas, pusimos veintes y pesos sobre las vías para que pasara el tren y los dejara hechos panocha, nos fuimos a Cuiteco con mi tío en la troca Diamond hasta la casa de las paredes forradas de flor azul de las trepadoras y hasta la pared de piedra de La Bufa, regresamos todos cansados y sin gana alguna de regresar a sexto año. Si te fijas en el retrato de graduación de la primaria faltan cuando menos dos, Bayona y Beltrán del Río. Este último se fue a estudiar música al Conservatorio Nacional, guitarra, y hoy es un famoso concertista. El segundo era Manuel Bayona, mi compa, compinche y como se llame a éstos que nacieron el mismo día, en el mismo hospital y cuyas madres eran ambas de Juaritos y estaban atendidas en el mismo cuarto o sea que el pinche Manuel y yo dormimos y despertamos, nos cagamos y nos cambiaron en la misma sala de cuna, él vivía por la Madero y Galeana, en seguida del Vidrio Comercial, yo por la Constitución al sur del monumento, a los dos nos habían llevado a güevo al catecismo nuestras madres, a los dos nos cortaban el pelo muy chiquito contra nuestra entera voluntad y a los dos nos metieron a la pinche escuela María Martínez por burros y malcriados, que allí nos bajarían los humos las maestras de la calaña de la pinchísima y culerfísima Simona Barba, Santa Simona para muchos de los que han sido y son panistas persignados o fanáticos contemporáneos de los castigos de tortura inventados por los europeos e importados a nuestro continente por la Santa Madre Iglesia Católica Apostólica y Romana, a la mismísima Simona que pesaba fácil sus trescientas libras. Que vivía con un gesto permanente muy parecido al de una leona enojada y lista para atacar, algo así como una Diana Natalicio de hace 50

años, que gustaba de castigar a sus víctimas de seis a doce años pegándoles repetidamente y con güevos en los hombros con la pesada campana de bronce con que llamaba a finalizar el recreo o, aún mejor, como al Abel Virgen, le jalaba del pabellón de la oreja una y otra vez hacia enfrente y hacia atrás hasta desprendérselo, o los pellizcaba en las partes más flacas de los brazos donde duele más o les pegaba en la mano con la regla del metro de madera o los agarraba del copete o del labio inferior y los jalaba de aquí para allá como si fueran de trapo hasta que se cansaba, ella, la que en otra vida había sido guardián femenino de la sección de mujeres del campo Bergen Belsen. Si, allí a esa escuela nos mandaron, tanto sería el odio que nos tenían o sería que querían asegurarse de que jamás nos rebeláramos o que allí como en Tréblinka nos daríamos plena cuenta de que iríamos a perder hasta la última gota de carácter crítico, como en el infierno de Dante perderíamos toda esperanza aquéllos que entráramos allí. Manuel y yo sobrevivimos hasta el quinto, ese verano Manuel se fue a Charcas, San Luis Potosí, a visitar a sus abuelitos, nadaba todos los días hasta aquél en que nos avisaron que Manuel ya no volvería para cursar con nosotros el sexto pues le había pegado una congestión en la bella alberca y había muerto. Ahora que me encuentro con su madre o sus hermanos y siento que a mí se me fue un cachito también, estoy seguro de que su madre ve en mi cara la de su hijo ...

A Pirraco le dio un infarto, luego otro, luego lo supe, no sé cómo exactamente pero no esperaba la noticia, como con Garay, seguro que como es muy amigo de la familia alguien se dio cuenta y me llamó, la última vez que lo vi me hizo, me construyó una “muelita” sobre el poste que me dejó el endodoncista, que para que pudiera masticar, a mí me dio mucho miedo pues creo que se sintió mal, se puso muy pálido después de terminar, se levantó y se fue, hoy quiero pasar a saludarlo ...

Me dice mi mamá que a la señora Mora y al candidato les ha dado el terrible alzheimers, que ella ya no conoce, ayer platicué con Luis Alonso, pasé por su joyería y me dijo que el candidato ya está mejor, que lo trae Darío para todos lados, ayer la convención del PAN seleccionó a Galindo como candidato a la gubernatura, un locutor dijo que mejor fuéramos todos a votar por el burro Chon entonces, yo más bien pienso que al pueblo panucho de Chihuahua le ha pegado una amnesia total y colectiva, si Barrio ha sido malo, ¿qué nos espera con éste? Pobre del pobre que al cielo no va, lo chingan aquí y lo chingan allá, mis condolencias a las regidoras insultadas ¿dónde están sus maridos? Doña Consuelo también está malita de lo mismo, ahora sí que es la enfermedad del olvido de los *Cien años de soledad*, en sus casas debe haber rótulos para identificarlo todo, pues qué sucede cuando olvidan cómo leer, ¿cómo llamarse Olvido? y ¿recordar?

A mi querido amigo Erasmo ya hacía tiempo que se le iba la onda, estuvo muy malo del mal del susto, empezó muy despacio a sentir miedo por las noches, dice que no sabía ni a qué pues nunca le había sacado a nada, desde chavo, cuando yo lo conocí de aprendiz del maistro carpintero Jaramillo, en el taller que estaba por la Insurgentes cerca de la esquina de la Bolivia, era bien grandote y fortachón, de esos grandotes que parece que andan agachados por todos lados, como anticipando bajar la cabeza para no pegarse con los marcos superiores de las puertas y un poco despaciosos en su respuesta más no en su acción, pues se necesita mucha destreza y habilidad para hacer los trabajos peligrosos necesarios que se requieren en un taller donde se usan instrumentos y herramientas eléctricas para cortar y rebanar madera de todos tipos. Me dijo que el susto le había pegado de tantos años de estar oliendo thinner como parte de su trabajo de ebanistería, que le fue pegando de a poco, primero un miedo

que le iba y le venía, un sentido de vacío en el pecho, como siente uno de chavo cuando se asusta en la noche pensando que vayan a venir a atacarlo los monstruos, el chirlos birlos, el gorra prieta, el patas de catre, la llorona, el drácula, el frankenstein, el hombre lobo o cualquiera de esos monstruos peludos y negros que asustan a los niños, luego Erasmo empezó a sentir miedo de lo oscuro, de lo grande e incontrolable, la pequeña fobia que todos tenemos al vacío, la acrofobia se convirtió en un sentido enorme, exagerado, se refugió en su recámara, en su cama, debajo de la cobija y pronto ya no conocía a la gente hasta que poco a poco dejó de conocernos a todos pero fue con un curandero después de que su mujer había agotado a los médicos alópatas, el brujo bueno lo fue sacando, poco a poco y ya Erasmo estaba bien, ya trabajaba de nuevo, ya se reía y sentía mucha alegría de que una de sus hijas fuera seleccionada para el equipo mexicano de las Olimpiadas, creo que hasta fueron él y su señora a acompañarla a Corea, a unos juegos asiáticos en donde México estuvo presente y participó, sus hijos todos estaban saliendo profesionistas, era la historia del milagro mexicano visto en la familia de nuestro amigo de tantos años, compró un terreno y construyó su casa buena y bonita de ladrillo colorado, lo fuimos a visitar una Navidad y vimos a todos sus niños como en escalerita, creo que eran doce, muy limpios y bonitos como sus papás, luego hizo un taller bueno y grande detrás de la casa, allí lo fui a visitar. Nos fumamos el tabaco y platicamos como siempre, me dijo muchas cosas de su tierra, él era de por allí de La laguna, de las penurias que había pasado su familia, de la belleza del desierto y la sabiduría de la naturaleza, de cómo a él le había tocado observar a las águilas más o menos de cerca, trepado en los cerros, de cómo se aventaban contra las peñas para sacarse las plumas que ya estaban pelechando, de la inmensa velocidad con que se desplomaban del cielo y de cómo veían,

tal vez sería mejor decir miraban a su presa desde allá en las alturas y se apuntaban con una certeza asombrosa sobre ella, cuando Erasmo narraba lo hacía con la voz prístina, inocente y luminosa de nuestro pueblo, de la colectividad hecha individuo, creíble, extraña, como poética y a la vez tan conocida, como si se fundieran las voces del abuelo y la abuela con los llantos del recién nacido en una sinfonía autóctona que te pone los pelos de punta y a la vez te tranquiliza como el té de yerbanís, un día abrí el periódico y supe que el susto le había vuelto pero ahora la tragedia era completa: *11 de enero de 1989, miércoles, Diario de Juárez, 14A* – policiaca: en el retrato dos bomberos cubiertos de abrigos de hule, uno lleva casco y manguera, el otro asiste, echan el chorro sobre la llamarada que se escapa de un aposento entre unas puertas de acero muy reconocibles, el pie de foto reza: *Elementos del departamento de bomberos combaten el incendio que ayer destruyó una humilde vivienda en cuyo interior murió calcinada la niña Noemí Varela Pérez de cuatro años de edad. Víctima de la imprudencia de sus hermanitos que provocaron un incendio y de su propia inocencia, ayer murió incinerada la niña ... quien, para protegerse del fuego se escondió en un ropero de madera. Al generalizarse el siniestro en su hogar, Noemí y sus once hermanitos salieron corriendo junto con sus padres, Erasmo Varela y Ana María Pérez. Pero éstos, pensando que podrían apagar las llamas regresaron al interior sin darse cuenta que los había seguido la niña. Convencidos de que nada se podía hacer, salieron nuevamente, pero la niña quedó dentro. Fue hasta que llegaron los bomberos y apagaron el fuego cuando encontraron sus restos calcinados en un cajón del ropero. A un lado de la casa está ubicada una carpintería y los niños hicieron fuego y luego, según el relato de sus hermanos, llevaron palitos encendidos al interior de la casa en donde había sustancias flamables. Se provocó el incendio, vino la confusión*

*de los adultos y once niños, más la de muchos vecinos, los padres sufrieron un error de cálculo, regresaron y volvieron a salir, el saldo, una inocente muerta* <sup>14</sup> dice mi papá que últimamente Erasmo está mejor, que lo ha pasado a ver, que se ha sentado a platicar, que le ha preguntado por mí y que tiene muchas ganas de verme, yo desde que me cambié para acá he dejado de ver a mucha gente por necesidad primero y luego por costumbre, parece mentira que las pinches cuarenta y dos millas entre ciudades surtan efecto separador y es que una, dos, trece y hasta cien veces vas y vienes y son ochentaicuatro y si vas a Juaritos agrégale otras tantas y los colones de los puentes y ni modo de vivir allá y venir acá, no la hacemos, ya estamos muy rucos para tanto trajín, lo que sí es que me voy a proponer y voy a pasar a ver al Erasmo, ni está tan lejos, por atrás del Coloso de la carretera a Casas Grandes, tal vez no sea la desidia la que me ha hecho atajar ese camino, tal vez sea el miedo de encontrármelo muy mal.

En mayo nos invitaron a hacer una lectura al museo a José Manuel y a mí, como a media tarde llego Garay, Pedro Cruz Garay, que nunca se puso el Cruz, sólo el Garay y tampoco supe nunca muy bien por qué. Aunque nos conocimos muchos años nunca nos llevamos bien, como que había un antecedente secreto que no permitía una amistad, como si nuestros padres hubieran estado peleados y nosotros como buenos hijos también, como antipatías, muy curioso, nunca lo entendí, en otras ocasiones hasta me rebelé contra ese seudo destino impuesto y lo invité a mi casa, a echarnos un pisto al Bar Forum de la Chente Guerrero, hablamos de todo y creo que ambos hicimos un verdadero esfuerzo por congeniar pero de esas veces que sabes en el momento que lidias la batalla que tu lucha es inútil pues ya habían perdido antes de empezar. Siempre andaba muy a la línea el vato, muy planchado, boleado y hasta elegante diría yo. Muchos

decían que era grande y que no se había casado. Quién sabe, a mí me parecía muy normal en ese sentido, trabajó en el chuco mucho tiempo, a mí me dijo que en una imprenta, se movía en una camionetita Volkswagen brasiliana amarilla y dorada ya muy cascarita, lo veía en el puente a cada rato, inconfundible con su mechón blanco a media cabeza que le cubría el copete y le corría hacia atrás dividiéndole la greña negra en dos, el Quique lo trajo de gato mucho tiempo también, casi desde que lo conocí, lo presentó con la intelectualidad mestiza de nuestro medio y país, el Charlie Fountains le dedica un capítulo de su novela ***La frontera de cristal***, también menciona a tu servilleta y el capítulo nueve refunde el último de mi ***Madreselvas*** y otros de mi ***Aurelia***, en fin, estimado de ellos, Garay también escribió ensayos, algunos literarios que merecieron lectura y publicación, otros políticos menos rentables y otros aún de dudosa factura, pero escribía y tenía algo que decir y eso es bastante por acá y en nuestro medio, pues *in media res* llegó a nuestra lectura, muy muy flaco, el pelo blanco blanco, tanto que de principio no supe si era él o no, con un saquito un poco arrugado y me percaté con extrañeza, sin calcetines. Después del dengue me dirigí al foyer del museo donde lo encontré sentado en un diván fumando, lo saludé y le pregunté cómo estaba, pero de a de veras y se dio cuenta, me contó de su mal, que tenía un mes con males del hígado, que las medicinas agresivas que le habían impuesto le habían provocado gota, que por eso andaba sin calcetines y que el dolor se le hacía intenso a ratos. Llegó el Quique a platicar, se rio al vernos y me dijo: *—Te presento a mi abuelito Garay*. Yo me sentí mal pues veía que el otro de verdad estaba mal. Nos despedimos, los viajes rápidos de Las Cruces a Juaritos y vuelta se nos hacen cada vez más difíciles por el regreso, si pudiéramos quedarnos sería muy diferente pero ni modo, hay que bregar. Ya no lo vi a Garay. Como al mes y

medio, hojeando *El Diario* me encontré con un artículo del Montañez dedicado a Garay. Aunque me pareció raro, no reparé, pues como Pedro escribía allí su columna semanal, cuestión de amistades me dije y seguí leyendo. Unos días después recibí la llamada de José Manuel. Me avisaba de la muerte de Garay. Primero pensé que se habría equivocado, que se trataría de alguien más, luego me pregunté cuántos años tendría pues se me figuraba que era más joven que yo...

La semana pasada fui a saludar al Quique al museo. Cuando le dije de mi diabetes y que andaba caminando, me notó un poco más flaco y me dijo que él también andaba caminando y que estaba malo de la coraza, que le habían hecho no sé qué prueba y que estaba por operarse en Chirusa, que no estaban seguros de hacerle una angio plastia o un puente, creo que ayer operaron al Quique, no sé qué ni cómo, a nadie le han dicho pero sí dijeron que estaba bien.

—¿Pos cuántos años tienes? le pregunté esa vez, —Pos 53, me dijo, —Yo estoy en que fue la vida sedentaria y la mala alimentación, tanta pinche hamburguesa y tanta pizza...

Hoy platicué con el Chago largo rato, mi amigo que también ha sido mi peluquero de treinta años o más, me platicó de la muerte de Gilberto y me contó un chiste, dijo que a un cuate que tenía un bocho VW le puso con grandes letras en la parte trasera un rótulo que rezaba : *El señor de los cielos*. Un policía que conocía al famoso comerciante de droga cuyo sinónimo era precisamente ése lo paró para preguntarle por qué le había puesto así a su carro, el otro sonriendo le contestó que porque ése era su Amado Carrillo, nombre verdadero del traficante. Nos acordamos de Gilberto, el otro peluquero de tantos años de la peluquería Continental, sí, era sumamente tragaños, parecía que tenía cuarentaicinco por el pelo negro negro y el bigote igual, muy moreno y muy delgado, parco, silencioso, parecía que estaba

enojado pero no, era así de serio, nunca hubiera sospechado, pensaba encontrármelo en el correo o saliendo de la iglesia algún domingo como antes, o tal vez mejor allí a un lado de su sillón donde siempre se paraba erguido muy vertical, planchado hasta el fastidio luciendo sus zapatos muy boleados y la filipina blanca y allá muy de vez en cuando pelando la blanquísima mazorca, algo le había hecho gracia, algo le había cosquilleado el humor sardónico.

Ayer por la tarde, martes, ocho de abril, llegué a la oficina de Daniel para felicitarlo por lo de su permanencia, jovial me dijo que sabía que yo había andado por gachupalandia y yo le dije que sí, que efectivamente había ido a visitar a sus parientes, fue entonces que poniendo la cara muy seria me dijo que le habían informado que mi amigo Jim Sagel se había pegado un tiro, primero creí que me estaba bromeando, luego advertí que no y me entró el choque, ese día estuve completamente ausente y desde entonces siempre lo estoy un poco, por la noche me llamó Denise, me dijo que ella estaba igual, que Jim se había colgado, que no había muerto de bala, allá por Los Lunas, en un lugar donde le gustaba irse a escribir, que ya andaba mal pues estaba muy deprimido pero que nadie se imaginaba que fuera para tanto, que después me hablaba para decirme más ...

—¿Qué pasó? Le pregunté a mi hermano. —Eso, me contestó. Se refería a la muerte de nuestro amigo, casi hermano, Víctor, *el poeta* para sus amigos. Mi madre lo había adoptado extraoficialmente cuando aquél era un chiquitín y deambulaba por los atrios de la iglesia de nuestro barrio como tanto chavo. Era monaguillo de alba con mangas anchas bordadas y sotanilla roja. No recuerdo cuando exactamente empezó a llegar a la casa, lo que sí es que llevaba el uniforme caqui de la secundaria del parque que luego cambió por el gris de la prepa, creo que quería ingresar al seminario pero se lo previno una de tantas reglas tan

católicas pero poco cristianas, como la de estar impedido de aspirar al sacerdocio por ser inocente hijo natural. Cuando cumplí quince años pasé una temporada con el poeta en la capirucha donde vivía y estudiaba. Derecho. Recitaba las clases de memoria a la madrugada, la de derecho romano, internacional, teoría del estado. Fumaba unos purillos o cigarrillos de tabaco negro que se llamaban *negritos* y gargajeaba y escupía que era un contento. Por la noche nos largábamos con otros compas de aquella casa de estudiantes de la calle Cincinnati. Al bar Las Palmas de la colonia. Una vez nos tocó que nos corrieran como a eso de las 4:00 de la mañana y creo que recorrimos calles y banquetas a gatas y con los guantes puestos para que no nos pisaran las manos. Se hizo jurista famoso, famosísimo internacionalista, maestro eximio de su propia facultad y muy querido de sus alumnos, me consta, como pocos. Un día lo traje por acá para que se presentara en una de estas universidades, sacó su visa en el puente y al estar llenando los papeles me preguntó: -Oye, Richo, ¿y aquí donde dice ocupación qué pongo? Pues como había sido funcionario del gobierno mexicano a tanto nivel y tanto tiempo, en derechos de autor y patentes, en la procuraduría federal, en la corte mundial de Le Hague... -Voy a poner maestro universitario, dijo, pues no hay trabajo más digno. Lo interesante del caso es que no era pose, lo sentía, y eso es decir mucho tanto acá como allá.. De chico, mi madre siempre recibió sus cartas. Ella correspondía viajando al D.F. Lo acompañaba a las librerías a principio de semestre para comprar los materiales. Le llevaba trajes más o menos, de los de acá, pues en chilangolandia, como en algunas oficinas de arquitectos, no vales por lo que eres sino por lo que llevas puesto, así sea un trajecito jolingo, brincacharcos o lustroso de tanto plancharlo, no importa. De ahí en adelante ya casi nunca lo vi de otra forma. Berta, su mujer, se encargó de su vestimenta cuando ingresó al gremio

de los casados. Aquélla se reía mucho de él porque decía que cuando lo conoció en una fiesta lo tildaban de la hormiga atómica pues como era chaparrito y andaba vestido de combinaciones de colores estrafalarias. Nos recordaba las ocasiones en que ya a media clase en la augusta Facultad, sentado sobre su escritorio, chaparrito, le colgaban las piernas y las movía mientras hablaba. En una de esas, que interrumpe su emocionada perorata pues al estar considerando como explicar algún concepto, se fijó en que no sólo se había puesto un calcetín de un color y otro de otro, sino que también llevaba zapatos totalmente distintos. Pero Berta se encargó. Lo dejó hecho un catrín, trajes elegantes, ropa coordinada seria y bien cortada muy europea, como viajaba tanto allá, hasta corbata de moño ¡Oiga usted! Mucho, muchísimo platicamos. Acerca del movimiento chicano, del significado de nuestra frontera. Seguido me invitó a que le hablara a sus clases, a participar en mesas redondas y yo le correspondí. Allí lo tengo grabado hablándole a mis muchachos de los derechos del autor. En octubre, de puro milagro, asistí a una plática suya sobre el derecho al voto de los mexicanos en el extranjero. Me avisó de ello el Axel Ramírez. Después nos fuimos a cenar, rápido, porque tenía que preparar su salida para Sonora temprano el día siguiente. Allí me dijo que qué bueno que nos habíamos podido ver, que no le dijera a nadie pero que él creía que ya no le quedaba mucho tiempo, que le habían descubierto un virus de esos que no perdonan denominado rotovirus y que ya tenía desde febrero con diarrea. Me preguntó que yo que haría. Yo acababa de visitar a la Guadalupana para agradecerle otro de una serie de milagros; le dije que ahí estaba la solución. Aunque me miró como diciendo pobre pendejo, se sonrió y creo que de veras se puso contento. Nos despedimos, subí al taxi y ya no lo vi. Pues no. No lo mató el rotovirus. Cuando volví de un viajecito, me llamó mi hermano. —Eso, me

dijo. Mi madre sintió su muerte como la de un hijo. Se dio al llanto. Supimos que el 28 de diciembre, después de la comida de Navidad con mi familia a la que religiosamente asistió toda su vida, regresó a su casa. De noche, alguien *conocido* tocó a la puerta. El lo dejó entrar. Lo encontraron estrangulado la mañana siguiente. Fin de siglo. Fin de milenio. Signo de la bestia.